

EL SIMBOLISMO DEL VIAJE, LA NOSTALGIA POR LA EDAD DE ORO Y OTROS MITOS EN *DON QUIJOTE DE LA MANCHA*

Bernardo Enrique Flores Ortega*

Universidad de Los Andes

Núcleo del Táchira

San Cristóbal - Venezuela

floresortega@hotmail.com

Resumen

Los viajes del Quijote reúnen en sí un complejo entramado simbólico claramente diferenciado, cuyos contenidos constituyen una clave interpretativa para descifrar los enigmas espirituales presentes en la novela de Cervantes. La obra ofrece y permite diversos ejes de lectura, según el sentimiento o la pasión que El Quijote despierte en el lector. Uno de esos ejes es la visión desencantada del mundo, que deriva en un pesimismo extremo por el cúmulo de fracasos que las empresas idealistas del Quijote acarrearán frente a la dura realidad. Otro posible eje pudiera ser una visión utópica del mundo, según la cual el hombre, a través de un heroísmo ético y de una rigurosa disciplina espiritual, tal como hace el Quijote con sus ayunos y desvelos, intenta *construir* en sí mismo, y, a partir de sus propios esfuerzos, un hombre nuevo, basado en la firme creencia en la perfectibilidad moral del ser humano; tal visión pudiera derivar en un optimismo exagerado pese a la dura realidad. Por otra parte, y esta va a ser la perspectiva que abordaremos en el presente trabajo, está el eje mítico, según el cual la tarea del Quijote consiste en la *reconstrucción* de una Edad pretérita perdida en la que reinaba la Justicia, la Virtud y el Bien, según lo determinaba un estricto orden divino: la Edad de Oro, que puede ser recuperada, al menos en el plano individual, al someterse el hombre a una voluntad sobrenatural —y signado por ella—, simbolizada, en el

* **Bernardo Enrique Flores Ortega.** Docente Investigador, Coordinador del Seminario de Mitología Clásica y del Grupo de Investigación “Comunicación, Desarrollo e Integración”, en la ULA-Táchira. Línea de Investigación: Literatura, Mitología y Hermenéutica. Autor de gran cantidad de libros y artículos publicados en revistas nacionales y extranjeras.

Artículo recibido en fecha: 31.5.2007

Aceptado en fecha: 30.6.2007

relato del Quijote, por Dulcinea del Toboso, en quien se encarnan los más altos ideales de belleza y virtud y que impulsa todas las acciones del “héroe”; se trata, sin duda, de una visión nostálgica del hombre, que padece en su fuero interno de un profundo sentimiento de pérdida, de exclusión o de caída de un estado de gracia originario.

Palabras clave: Cervantes, el viaje, mitos, Edad de Oro, Quijote.

THE SYMBOLISM OF THE JOURNEY, THE NOSTALGIA FOR THE GOLDEN AGE AND OTHER MYTHS IN DON QUIXOTE

Abstract

The travels of the Quixote gather a complex symbolic structure that is clearly differentiated; its contents constitute an interpretative key to solve the spiritual enigmas that are present in Cervantes' novel. The novel offers and allows diverse reading levels; according to the feeling or passion that the Quixote awakens in the reader. One of those levels is the disenchanted vision of the world. Another level could be the utopian vision of the world, according to which a man; through an ethic heroism and spiritual strength; tries *to build* within himself; and, from his own efforts, a new man based on the firm belief of the moral perfectibility of human being. Such vision could derive in an exaggerated optimism despite the hard reality. On the other hand; this being the perspective that will be approached in this work; there is the mythical level, by which the Quixote's task consists in the *reconstruction* of a lost past Age that was reigned by Justice, Virtue, and Good, as it was determined by a strict divine order: the Golden Age; that can be recovered at least in the individual level, when a man submits to a supernatural will –and signed by it-; symbolized in Quixote's tale by Dulcinea del Toboso, who represents the highest levels of ideal beauty and virtue, and that impulses all of the “Hero's” actions; this is without a doubt a nostalgic vision of a man, that suffers from a deep feeling of loss inside, of exclusion, or a fall, from an originating state of grace.

Key words: Cervantes, the journey, myths, the Golden Age, Quixote.

...le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras

y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.

Don Quijote de la Mancha

Introducción

Al celebrar la cuarta centuria de la primera edición de *El Quijote*, pretendo dar con este trabajo una visión del viaje como figura estético-literaria presente en esta obra de Miguel de Cervantes Saavedra, desde una perspectiva mito-simbólica. Tal como está planteado en algunos de los mitos clásicos de la tradición grecolatina más relevantes relativos al tema, tales como la búsqueda del vello cino de oro, Ulises y su Odisea, el descenso de Orfeo, Dionisos, Heracles o Eneas, entre otros, al inframundo, o las aventuras de Perseo y Teseo enfrentando toda suerte de obstáculos, la metáfora del viaje en *El Quijote* representa, así mismo, el paradigma por excelencia que orienta la construcción del personaje literario en la obra cervantina.

Antes que un simple desplazamiento a través del espacio exterior, o un impulso ciego hacia la aventura, en los viajes del Quijote se halla implícita la búsqueda de un centro espiritual y la necesidad de una transformación interior del ser, debido a una condición ingénita que permite germinar, crecer y madurar el oro de la sabiduría, buscado y encontrado por una buena parte de la humanidad, según narran los mitos y tradiciones de todos los tiempos.

Por otra parte, los tres viajes del Caballero de la Triste Figura, que no exceden en total de alrededor de medio año, como bien ha señalado Mario Vargas Llosa en su excelente ensayo para la edición conmemorativa de la Real Academia Española, reúnen en sí un complejo entramado simbólico claramente diferenciado, como el camino y la senda, la caverna y la montaña, el corazón, el alcázar, el bosque, el campo labrado, la dama de los pensamientos o el cuerpo, entre otros, cuyos sentidos constituyen una clave interpretativa para descifrar los enigmas espirituales contenidos, hábil y discretamente, en la novela de Cervantes.

Así, la obra en cuestión ofrece y permite diversos ejes de lectura, según el sentimiento o la pasión que *El Quijote* despierte en el lector. Uno de esos ejes es la visión desencantada del mundo, que deriva en un pesimismo extremo por el cúmulo de fracasos que las empresas idealistas del Quijote acarrearán frente a la dura realidad. Otro posible eje pudiera ser una visión utópica del mundo, según

la cual el hombre, a través de un heroísmo ético y de una rigurosa disciplina espiritual, tal como hace el Quijote con sus ayunos y desvelos, intenta *construir* en sí mismo, y, a partir de sus propios esfuerzos, un hombre nuevo, basado en la firme creencia en la perfectibilidad moral del ser humano; tal visión pudiera derivar en un optimismo exagerado pese a la dura realidad. Por otra parte, y esta va a ser la perspectiva que abordaremos en el presente trabajo, está el eje mítico, según el cual la tarea del Quijote consiste en la *reconstrucción* de una Edad pretérita perdida en la que reinaba la Justicia, la Virtud y el Bien, según lo determinaba un estricto orden divino: la Edad de Oro, que puede ser recuperada, al menos en el plano individual, al someterse el hombre a una voluntad sobrenatural —y signado por ella—, simbolizada, en el relato del Quijote, por Dulcinea del Toboso, en quien se encarnan los más altos ideales de belleza y virtud y que impulsa todas las acciones del “héroe”; se trata, sin duda, de una visión nostálgica del hombre, que padece en su fuero interno de un profundo sentimiento de pérdida, de exclusión o de caída de un estado de gracia originario.

Una lectura de la obra, aún cuando fuere superficial, permite observar que esta novela de Cervantes constituye un esfuerzo suyo por ridiculizar los valores estéticos de las novelas y relatos de caballería, tan populares durante los últimos siglos de la Edad Media, como el mismo autor lo dejó claramente planteado en el Prólogo. También se cuestionan en *El Quijote*, sin duda, los valores políticos y sociales de una época, o de un contexto específicamente premoderno.

Finalmente, el estudio del viaje en la obra que aquí nos ocupa nos permitirá comprender la paradoja y la ironía introducida en la novela moderna por el ingenio literario de Miguel de Cervantes.

1. El viaje: un paradigma mito-simbólico en la construcción del Quijote como personaje literario

1.1 El relato como viaje

Toda lectura es, en sí, un viaje, un viaje cuyo desplazamiento ocurre a través de signos: tiene un punto de partida o de origen y un punto de llegada, un destino. La lectoescritura del Quijote es también en sí un viaje: la lengua, la huella, el trazo... ya es un viaje y nosotros seguimos sus pasos, los pasos de ese trazo verbal de palabras que nos abren la entrada al ámbito, al universo que es el libro. Y al hacerlo recreamos el viaje que hizo Cervantes. Por ello el relato se vuelve camino, pues todo discurso es un hilo que conduce y permite el viaje.

Para nosotros, como receptores del Quijote, abordar el trabajo de análisis desde la perspectiva planteada en la introducción anterior, resulta una actualización de un posible itinerario propuesto por Cervantes en la trama de su novela. Como lectores viajeros seguimos, paralelamente al discurso, los trazos, huellas e hitos mito-simbólicos plasmados en su escritura, los cuales nos permiten acceder al universo textual cervantino desde una perspectiva contemporánea. Como viajero o trashumante virtual por los posibles mundos del Quijote, cada lector reinventa, a su manera muy particular, y de acuerdo con su contexto epocal, las rutas y senderos que el *Caballero de la Triste Figura* en sus aventuras y desventuras fue marcando en su trasegar por las páginas de la novela; reinenciones que son producto, desde luego, de nuestra propia biografía: el conjunto vario de relatos y discursos que conforman nuestra compleja identidad (relativos al plano emocional, al plano fisiológico o al intelectual, sólo por mencionar los más inmediatos).

1.2 Las estancias del viaje

- a. *La cotidianidad domiciliada*: Partamos de la idea de que la cotidianidad es el mundo de las rutinas institucionalizadas, lo que nos sucede todos los días, los hechos, actos y conductas normados, codificados dentro del tejido social con que desempeñamos los diversos roles que conforman nuestras vidas y que culturalmente se espera de nosotros.

En la novela de Cervantes, para un hidalgo como Alonso Quijano o Quejana, Quijada o Quesada –total, poco importa en nuestro cuento, como bien se señala en los primeros párrafos de la obra–, la cotidianidad está constituida por su casa y su hacienda, un ama que pasaba de los cuarenta, una sobrina que no llegaba a los veinte, un mozo de campo y plaza que ensillaba el rocín y tomaba la podadera, sus amigos el barbero y el cura, y, en fin, «Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos», los cuales «consumían las tres partes de su hacienda» (Cervantes, 1999:23). Quijano era, además, gran madrugador y amante de la caza... tal era su vida cotidiana.

Todo esto conforma lo que ha denominado González (1999) el domicilio o «la cotidianidad domiciliada». La recurrencia de las rutinas cotidianas en una circularidad armoniosa posibilita, a partir del recuerdo, la construcción de una identidad individual, en la remembranza acerca de lo que un individuo es y lo que de él se espera.

El domicilio se halla en relación con las enajenaciones del trabajo que comprende un tiempo dedicado a los compromisos asumidos respecto a la subsistencia material de los individuos. De allí surge la necesidad de un retorno a sí mismo, a un tiempo de disponibilidad para sí mismo.

Estar domiciliado es estar en el más propio espacio simbólico y psíquico, como en un refugio que permite restablecer las fuerzas perdidas y prepararse para un nuevo ciclo de acción, en los planos laboral, social y vital.

- b. *El viaje como ruptura de la rutina*: La salida es la transgresión o quiebre de la rutina. El primer quiebre de Alonso Quijano está en la desafortada lectura de novelas de caballería donde se refugia para liberarse de la disgregación, el desgano, la desolación, la inanidad de sus rutinas. Aparte de los tres viajes reales que hará El Quijote, en la mente de Alonso Quijano hay un primer viaje imaginario a través de la lectura de los libros de caballería. Al comienzo leía en sus ratos de ocio, luego lo hizo de manera exclusiva, compulsiva, a tal punto de vender grandes extensiones de tierra de su hacienda para comprar libros de caballería. Si hemos de creer a Carroll Johnson (1995:21) en su estupendo artículo sobre *La construcción del personaje en Cervantes*, «No es que [Quijano] enloquezca por haber leído demasiados libros; [sino que] se interna en los libros en un esfuerzo por no volverse loco».

Así, las rutinas del entorno campesino de este manchego se ven transgredidas. El sentido lógico de su vida social, los roles implícitos a sus labores, todo se rompe produciendo en ese orden una dislocación. Quijano abandona los quehaceres de la casa y se refugia en la lectura. Poco a poco las historias de caballerías se van apoderando de su mente y van haciendo surgir en él un hiato en su personalidad que deviene en el personaje ficticio o imaginario del Quijote y que se va instalando en su personalidad escindida como un alter ego. Esta ruptura en la personalidad de Alonso Quijano propicia, a su vez, una ruptura mayor que se va a traducir en su primer viaje real o salida, en un intento por instaurar el lenguaje poético más allá de las imposiciones que le circunscriben a las rutinas uniformes de su hacienda manchega.

Este primero de sus tres viajes constituye una pérdida encantada de esa cotidianidad para arriesgarse en una serie de aventuras que van a romper el círculo mecánico de la mismidad. Se impone así al Quijote una elaboración de nuevos rasgos y perfiles en la personalidad recientemente adquirida, que van a alcanzar una definición más detallada en los nuevos/distintos

contextos donde se suscitan sus acciones. Este viaje se da, por supuesto, dentro del ámbito conocido por Quijano, pero transfigurado por la fuerza de su imaginación que se ha venido instaurando desde su alter ego: Don Quijote de la Mancha.

El viaje, visto así, se plantea como un reencuentro consigo mismo, como una recuperación de la identidad perdida a causa de la alienación producida por la rutina de la cotidianidad. Por ello los tres viajes producen en El Quijote un re-encantamiento del mundo, una recuperación del sentido genuino de lo que fue la Edad de Oro, de lo que significaron las órdenes de caballería y de las posibilidades reales, imaginarias o simbólicas de lo que representa ser un héroe. La identidad plena de Alonso Quijano el Bueno sólo será recuperada al final de la novela en su lecho de muerte, enriquecida, no obstante, por todas las experiencias que ha sufrido mientras estuvo convertido en El Quijote.

- c. *El viaje como domicilio*: Los viajes del Caballero de la Triste Figura le permiten reconquistar también el paisaje natural, social y humano, otorgándole significados nuevos desde su propio devenir como sujeto transhumante. El impulso enriquecedor de estas nuevas experiencias propiciadas por el viaje abre también espacios a la exploración dentro de una gramática de lo sorpresivo y del asombro, de lo azaroso, de lo imprevisible y discontinuo y, por ende, de aquello que escapa a los controles acostumbrados. Por ello el viaje puede ser, también, una forma de domicilio cuando no está cosificado por la seguridad del turismo organizado, por ejemplo.

Al propio tiempo que el estar atado a la rueda de la rutina lleva implícita una sensación de fatiga y cansancio, también el domiciliarse de nuevo después de un viaje, implica un retorno a sí mismo, un espacio no necesariamente territorializado, de subjetividad, de reflexión para sí, donde el domicilio se vincula a la propia intimidad.

- d. *El viaje como rito*: El viaje como un redescubrimiento de sí mismo es también una fuente de energías y de contenidos nuevos para transformar la monotonía cotidiana, operando el paso de aquella rutina desgastadora al rito. En este sentido, y siguiendo a González (op. cit.), el *rito fundante* constituye la fuerza de los actos sociales cargados de intencionalidad y emoción; de allí su carácter prístino, iniciático, que establece una huella indeleble en la concatenación de conductas desplegadas por el sujeto en la cotidianidad. El rito deviene en ritual cuando se convierte en una reiteración mecanizada

«de aquellos actos que por la fuerza de la costumbre se erosionan inevitablemente», produciéndose una laxitud en el nivel de compromiso y conexión de los sujetos implicados en ellos a causa de la monotonía. Así ocurre en el personaje Alonso Quijano, convertido en Quijote, quien se ve impulsado a romper sus rituales cotidianos para acceder a una nueva dimensión de la existencia, signada por la lectura de libros de caballería, que lo vinculan y lo comprometen en una empresa cargada de intensidad y emoción. Cada viaje que emprende Don Quijote se constituye en un auténtico rito por el asombro, la novedad, la sorpresa y por la fuerte carga afectiva o emocional determinante de su sentido.

El viaje como rito no se halla exento de riesgos y peligros que pueden acarrearle sufrimientos al viajero y aún la pérdida de su propia vida. Sin embargo, dado su carácter lúdico y festivo, este tipo de viaje ofrece las mejores condiciones placenteras para el disfrute de un tiempo suspendido del flujo normal de la cotidianidad, lo cual representa, a su vez para el viajero, un nuevo domicilio. Viajar, como lo indica Teillier (1978), significa querer eternizar los momentos de asombro.

- e. *El viaje como metáfora del deseo*: El deseo que en primera instancia moviliza al Quijote en su búsqueda de aventuras es la conquista de un nombre que le permita obtener honra y fama entre sus coterráneos, así como brindar un servicio a su república, como queda bien expresado en el primer capítulo de la Primera Parte de la obra.

Desde el primer viaje que emprende El Quijote, lo que se pretende es recuperar un sentido originario de la existencia menguada por una vida simple, sin sobresaltos, sin motivaciones, donde se ha producido un desvalimiento psíquico de una vida llevada dentro de los límites que impone el anonimato en el ámbito de lo privado.

El verdadero contenido de los viajes que emprende el menguado “héroe” de la novela se encuentra allende el desplazamiento físico. Se trata de una actitud, de un deseo que se transforma, en el curso del relato, en un imaginario lleno de experiencia que sólo la subjetividad del viajero puede objetivar.

- f. *El viaje como progresión del alma*: El viaje como domicilio es un fin en sí mismo, y estar domiciliado es como una suerte de regreso al útero materno. Como señaló el viejo Platón en el Fedro al narrar el mito de la reminiscencia, el alma humana, en su viaje por la existencia corpórea, se acuerda, por las

cosas de este mundo, de la verdadera realidad de las cosas contempladas antes de encarnarse en un cuerpo mortal. De allí que asumir el viaje como domicilio implica un reencontrarse con la realidad y un reintegrarse, en modo pleno, a ella, y, sobre todo, un retorno a sí mismo. Así, los tres viajes que hace El Quijote le permiten instalarse en la aventura hacia lo inquietante, hacia *lo Otro*, cumpliendo hacia el término de sus andanzas la función de centro reflexivo que le permitirá redescubrirse a sí mismo y recuperar su verdadera, su auténtica identidad como Alonso Quijano el Bueno, en las postrimerías de su lecho de muerte.

El viaje, siendo como es, un desprendimiento para constituirse en la realidad de otros, genera continuos intentos de reordenamiento de la alteridad; ésta se asume no ya como algo ajeno sino como algo familiar en la búsqueda de la reconstrucción de las convicciones o certezas que permiten, a su vez, reorganizar las fronteras interiores del viajero. El Caballero de la Triste Figura, como viajero, reconstruye, o reordena, desde sus propias convicciones adquiridas por su fe inquebrantable en los libros de caballería, su propia realidad, su visión del mundo y su relación con los otros.

- g. *El viaje como metáfora relacional*: El viaje es, así mismo, un recorrido mito-simbólico, a través del cual se produce un desanclaje, un vaciamiento hacia el otro en la medida de lo posible, un entrecruzamiento de realidades, de imaginarios y de símbolos para crear proximidades entre diversas lejanías, por lo tanto el viaje es también la construcción de lo relacional. Dentro de la novela de Cervantes que aquí nos ocupa, la autoconstrucción del personaje Alonso Quijano/Don Quijote se va produciendo en una multiplicidad de convergencias de interpretaciones, discursos, encuentros, en el entrecruzamiento de realidades, imágenes y símbolos con los personajes ficticios o imaginarios de los libros de caballería –que Alonso Quijano frecuenta compulsivamente y con los que construye el héroe arquetípico de su mito personal (Don Quijote)–, así como con sus congéneres más próximos que entran en relación con él en el desarrollo de los acontecimientos.
- h. *El simbolismo del viaje*: Otro nivel desde el cual es necesario estudiar el viaje, es desde el nivel simbólico. Como se ha dejado entrever, cualquiera que sea la dirección de su trayectoria, con el desplazamiento físico hay también un movimiento en el propio interior del ser. Su variado y muy rico simbolismo puede resumirse en la búsqueda de conocimiento, de la inmortalidad o, en definitiva de un centro espiritual, como se ejemplifica en

los viajes de Ulises, de Eneas, de los Argonautas en busca del vello cino de oro, de Perseo, Teseo y Heracles, de Dante a través del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, de Lucio hacia Tesalia en *El asno de oro* de Apuleyo y, por supuesto, en los del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. En las antiguas y modernas religiones místicas y sociedades secretas que ofrecen iniciaciones, las pruebas preparatorias para acceder a ellas se realizan en forma de viajes. Por ello, como hemos dicho, el viaje es una progresión espiritual que intenta conectarse con el eje del mundo, que manifiesta un profundo deseo de cambio interior a través de experiencias nuevas y que simboliza tanto una aventura como una búsqueda, así en el orden psíquico como en el místico.

2. La construcción del personaje literario

La característica más propia de la personalidad humana —como se deriva de los estudios de Freud, Jung, Lacán— no consiste en su aspecto unitario, sino, por el contrario, en su fragmentariedad y en su carácter inconexo: baste pensar en los términos “consciente”, “inconsciente”, “ello”, “yo”, “superyo” de la teoría freudiana. La identidad de una persona, o de su correlato, el personaje literario, no es más que el sitio donde converge, se cruza y fusiona una multiplicidad de relatos o discursos impuestos por los demás (los personajes de la ficción, como narradores intra o extradiegéticos, como coprotagonistas en sus diversos roles, así como el papel que juegan los lectores con sus interpretaciones). Pero también la personalidad humana se construye a partir de una falsa concepción de sí (lo que Marx llamó la *falsa consciencia* y Lacán *lo imaginario*). En la novela que nos ocupa, Alonso Quijano/Don Quijote deconstruye su identidad como Alonso Quijano para construir la identidad de Don Quijote, apropiándose para sí del arquetipo heroico presente en las novelas de caballería. Por ello resuelve

...”hacerse caballero andante, e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama” (Cervantes, op. cit.:24).

Don Quijote encarna en Alonso Quijano un héroe mítico: el caballero andante; un héroe que tiene su nacimiento en el momento en que Alonso Quijano asume la identidad de Don Quijote y emprende su primer viaje. Como todo héroe

mítico, Don Quijote constituye un paradigma humano, tanto en sus formas positivas como negativas, y en modo fallido con cada una de las experiencias que va enfrentando en sus viajes el mito heroico de las órdenes de caballería medievales; en consecuencia, Don Quijote es un héroe sui géneris, o, mejor, la antítesis del héroe, pues, a diferencia de la actuación de los héroes clásicos quienes proceden de linaje divino y se mueven en un mundo poblado de dioses, dáimones e infinidad de criaturas sobrenaturales, están siempre signados por las Moiras para el cumplimiento de un destino prefijado, y, con sus acciones siempre triunfan transformando el mundo a su alrededor; por el contrario, Don Quijote actúa en un mundo despoblado de dioses y seres fantásticos; no procede de ningún linaje divino, sino de la imaginación dislocada de un apasionado lector de novelas de caballería; asume libremente y a capricho las aventuras que emprende aunque es llevado a éstas por el azar con regular frecuencia, y sus acciones, que devienen irremediabilmente en fracaso, no sólo no transforman el mundo ni logran sus objetivos, sino que le causan grandes padecimientos y maltratos. El mundo alrededor del Quijote continúa su curso, aunque los personajes con los que se relaciona simulen de momento acatar sus delirantes caprichos: las ventas siguen siendo ventas y no castillos, los venteros venteros y no alcaldes, las mozas del partido putas y no doncellas, aunque finjan para no contrariar al *Caballero de la Triste Figura*. La causa de su fracaso estriba en su intento obstinado por traer, imitándolo, el mundo encantado y perfecto de las novelas de caballería a una realidad desencantada e imperfecta, y en su obcecación por responder ante lo nuevo e inesperado con la adopción de formas conocidas y esperadas en el ámbito del mito caballeresco, como se constata en el desarrollo de la Primera Parte de la novela.

En la Segunda Parte de la obra, sin embargo, Alonso Quijano se va desidentificando paulatinamente de la personalidad del Quijote, al operar una transformación en la interpretación de sus lecturas y la realidad, lo cual le produce un desencanto del mito caballeresco, como muestra su decepción frente al carro de las cortes de la Muerte (cap. XI), el carácter apócrifo que Benengeli atribuye al episodio de la cueva de Montesinos (cap. XXII), su actitud pragmática en el Viaje de Clavileño (cap. XLI), hasta llegar a la renuncia del mundo caballeresco estando ya en su lecho de muerte (cap. LXXIV). Tal proceso revela inicialmente una mitificación del Quijote como héroe caballeresco en el que simultáneamente se va produciendo un proceso de desmitificación al disolverse este arquetipo, producto, por una parte, de su inadecuación al entorno, y por otra, de su propio desencanto del mundo feérico de la caballería, por su reconciliación con la

realidad, recuperando por fin su verdadera identidad como Alonso Quijano el Bueno quien reconoce sus límites como ser mortal. En resumidas cuentas, podemos decir que el proyecto de la novela es una desmitologización del héroe clásico, representado en el personaje fantochesco y paródico del Quijote quien, surgiendo en la mente de Quijano a partir de sus lecturas de novelas de caballería, se desplaza en un viaje que es, al mismo tiempo, real e imaginario y termina desapareciendo de la realidad para convertirse en una invención novelesca, en tanto que Alonso Quijano regresa al mundo real hacia la solidaridad del entorno familiar, a su pertenencia al hogar, a su testamento, a la reconciliación con sus familiares y amigos, a la fe judeocristiana y, en definitiva, al cumplimiento cabal de su destino como ser mortal.

2. La nostalgia por la Edad de Oro: dichosa edad y siglos dichosos aquellos

-Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de “tuyo” y “mío”. (Id.:74)

Así comienza la larga arenga que el caballero Don Quijote expresó a los cabreros «porque las bellotas que le dieron le trajeron a la memoria la edad dorada» (Id.75), ya que estos frutos conformaban la dieta habitual de los hombres de aquel tiempo mítico. Con este discurso, que debe ser leído con atención, se teje la compleja trama mito-simbólica que permite a Cervantes construir el personaje de su novela e insertarlo en un tiempo y un espacio que de continuo choca con la dura realidad: el tiempo del mito. Y, concretamente, del mito de las cuatro edades preservado por Hesíodo en la Tradición clásica. Tanto en el texto de Hesíodo como en la narración del Quijote, queda expresada una clara nostalgia por un tiempo extraordinario: una Edad de Oro pretérita, perdida, por cuya falta el mundo se ha venido a menos.

“Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y delentar a los hijos que entonces la poseían”. (Id.:74)

Es decir, que la Tierra producía todo el alimento necesario para el sustento de aquella raza que, viviendo en una eterna primavera, satisfacía a plenitud todas sus necesidades.

“No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había asentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar, ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad”. (Id.)

En seguida, manifiesta el *Caballero de la Triste Figura* cómo esos tiempos dorados entraron en decadencia, por qué se instituyó la orden de los caballeros andantes y la razón por la que él se ha hecho caballero:

“Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto, como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero”. (Id.74-75)

Es necesario caracterizar ahora las edades y las razas, según el mito narrado por Hesíodo en *Los trabajos y los días* (1968:70-73) y comentado por Robert Graves (1985:40 y ss.) en su excelente obra *Los mitos griegos*:

Raza de Oro: Vivían siempre jóvenes, libres de preocupaciones, sin enfermedades, lejos de penas y calamidades en un deleite continuo y de perpetuo festejo. La Tierra fértil ofrecía sus abundantes frutos y la muerte les llegaba como un plácido sueño. Su dieta consistía de bellotas, miel, leche de cabras y ovejas y

frutos silvestres. Desaparecieron, convirtiéndose en fantasmas benévolos que habitan en lugares rústicos; son guardianes de la justicia y dispensadores de bienes y honras.

Raza de Plata: Mucho más débil que la de oro, por su actitud irreflexiva, temeraria, arrogante y pendenciera, morían después de una corta juventud (contada en cien años en el tiempo mítico). Su dieta se basaba en la ingesta de pan. De naturaleza impía, se negaban a honrar a los dioses y a sacrificar en sus altares. Por esta razón Zeus los sepultó en el fondo de la Tierra donde se convirtieron en genios inferiores.

Raza de Bronce: Nacieron del fresno. Eran formidables, impetuosos y temibles y sólo les interesaba la guerra y la conquista. Se alimentaban de pan y del producto de la caza. De naturaleza indomable y corazón de acero, se exterminaron a sí mismos, desapareciendo en el Hades.

Raza de los Héroes o Semidioses: Siendo también de bronce, esta raza fue más justa y fuerte que la anterior por su doble progenie: humana y divina. Protagonizaron las grandes guerras narradas por poetas antiguos como Homero y Hesíodo. Algunos perecieron en cruentas batallas, mientras otros merecieron el privilegio de habitar, al término de su vida terrenal, en las Islas de los Bienaventurados y en los Campos Elíseos, donde permanecen, lejos de los demás inmortales dioses, bajo el cetro de Cronos. Recibieron, como ninguna otra raza sobre la Tierra, honra y gloria del padre de los dioses y de los mortales hombres.

Raza de Hierro: Descendientes de la anterior, constituyen la raza humana actual. Carecen de discernimiento, no pueden distinguir entre el bien y el mal y están sometidos al trabajo penoso y lamentable durante el día y a angustiosas preocupaciones durante la noche. Son injuriosos, crueles, irrespetuosos hacia los padres, impíos y carentes de fe, de justicia y de bien. Llenos de vanidad intelectual, profesan ser sabios siendo, en realidad, necios. Son avaros, iracundos, lascivos, pendencieros, envidiosos, homicidas, engañosos y desleales (v. Graves, op. cit.:40-42).

Por otro lado, y de acuerdo con Platón en *El Político* (268d-273c), la raza que vivió en la Edad de Oro brotaba, por generación espontánea, directamente de la Tierra, sin el concurso del género femenino. Ello se debía a que una causa divina intervenía personalmente en el mantenimiento del orden cósmico y humano, y, debido a ella, la humanidad comenzaba su vida en la vejez, rejuveneciendo cada vez más para terminar convertidos en polvo, y volver a nacer de nuevo del seno de la Tierra misma.

Terminada la Edad de Oro, la causa divina que impulsaba este orden se retiró, y el universo, quedando bajo su propio impulso, revirtió en seguida la dirección del movimiento, con lo cual se produjo la reproducción sexuada de los individuos, naciendo ahora como niños y muriendo como viejos.

Existiendo bajo la regencia del dios Cronos, la gente de la Edad de Oro carecía de regímenes políticos, vivían desnudos sin necesidad de abrigos y dormían al aire libre, pues las estaciones eran templadas. No les era necesario el trabajo, pues la Tierra, por sí sola, les brindaba todo género de frutos. Estaba ausente la discordia y ninguna criatura salvaje se devoraba una a la otra.

Finalmente, en la cosmovisión del pueblo hindú preservada en el vedanta, las cuatro edades se presentan de la siguiente manera:

Un período de manifestación o *Manvantara* comprende 7 ciclos o rondas regidos cada uno por un *Manú* (ser divino descendiente de Brahma); cada mundo tiene 7 períodos de actividad. El *Manvantara* es también el desarrollo completo de una raza y se divide a su vez en cuatro Edades o Yugas, cada una de duración inferior a la anterior, según una muy precisa relación aritmética y se corresponden simbólicamente con las cuatro edades del hombre, según la mitología griega: oro, plata, bronce, hierro. De acuerdo con la tradición de la India, se produce una degradación progresiva en la condición ontológica y espiritual, así como biológica y social de la humanidad, al pasar de un Yuga a otro.

De acuerdo con esto, un *Manvantara* o *Mahayuga* (ciclo de doce mil años de duración) se halla dividido en cuatro edades: el *Krita* o *Satya Yuga* (4800 años) corresponde simbólicamente al número 4 (suerte máxima en el juego de los dados, completo *Dharma*), cuyo sentido es la totalidad, la plenitud, la perfección, la Edad Real, verdadera, auténtica, la edad del hombre perfecto que encarna la ley moral; *Treta Yuga* (3600 años) representa el número 3 (tres cuartos de *Dharma*), en esta edad los hombres padecen el trabajo, el sufrimiento y la muerte, el deber no es espontáneo, debe aprenderse; *Dwapara Yuga* (2400 años) corresponde al número 2 (medio *Dharma*), en ella continúa degradándose la raza humana; *Kali Yuga* (1200 años) representa el número 1 (un cuarto de *Dharma*) que para los hindúes es la peor suerte en el juego de dados, es la Edad de las Tinieblas (*Kali* = discordia, disputa), el nombre de la diosa significa “la Negra”, es la época de la desintegración moral de la humanidad y del materialismo, del “reino de la cantidad”, como lo apunta René Guenón. Cada una de estas edades se inicia con una aurora y termina con un crepúsculo. El *Kali Yuga*, en el cual nos encontramos ahora, cierra el presente ciclo manvantárico, a cuyo término podría producirse un cataclismo cósmico.

3. El mito clásico en las aventuras del Quijote

Indiscutiblemente, el Quijote muestra, de modo insoslayable, la presencia de diversas fuentes y formas literarias que nutrieron el imaginario poético de Cervantes, entre las cuales pudieran destacarse las siguientes: novelas, relatos y canciones pastoriles en boga durante el Renacimiento, inspirados en la tradición clásica grecolatina, que recrean los ambientes bucólicos y arcádicos en los que se desarrollan pequeños dramas o idilios amorosos; novelas y sagas de caballería, así como cantos de gesta legados por la literatura medieval europea; la Biblia, como fuente judeocristiana; elementos estilísticos de los relatos orientales, tales como el encajamiento de historias o cuentos breves dentro de otras más largas, a modos de digresión o paréntesis narrativos, en especial como un legado de las literaturas del Cercano Oriente; simultáneamente, el Quijote recupera de manera paródica el estilo y los temas contenidos en la mitología clásica, con referencias constantes a los dioses y héroes de la religión pagana, mimetizando el estilo de los grandes poetas de la antigüedad. Así por ejemplo:

“Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo ‘Rocinante’, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel”. (Cervantes, op. cit.: 27-28)

Relato que evoca el estilo retórico de un Virgilio o de un Ovidio.

[...]

“Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed; Sísifo venga
con el peso terrible de su canto;
Ticio traya su buitro, y ansimismo
con su rueda Egión no se detenga,
ni las hermanas que trabajan tanto,
y todos juntos su mortal quebranto

trasladen en mi pecho, y en voz baja
-si ya a un desesperado son debidas-,
canten abseQUIAS tristes, doloridas,
al cuerpo, a quien se niegue aún la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
con otras mil quimeras y mil monstruos,
lleven el doloroso contrapunto"... (Id.: 92-93)

Construcción poética ésta que imita las formas y los contenidos de la poesía bucólica latina, tales como las *Églogas* o las *Geórgicas* de Virgilio, las *Metamorfosis* de Ovidio, y, más particularmente, el estilo elegíaco. En efecto, aquí Grisóstomo, en su *Canción póstuma*, está invocando a los condenados del Hades, el mítico infierno griego, quienes deben sufrir eternamente terribles penas como él en su tormento debido al amor por Marcela no correspondido. Los llama a todos para que unan sus lamentos a los suyos en un desesperado contrapunto coral.

En el célebre pasaje que narra la batalla del Quijote contra los molinos de viento, el *Caballero de la Triste Figura* desafía a sus imaginarios enemigos diciendo: «Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, que lo habéis de pagar» (Id.57); aludiendo Cervantes con ello a Egeón o Briareo, uno de los Hecatónquiros, gigantes de cien brazos que pelearon al lado de los dioses olímpicos contra los titanes en una guerra que duró diez años, tal como está narrado en la *Teogonía* de Hesíodo: «Ellos arrojaron de sus vigorosas manos trescientas piedras, unas en pos de otras» (1968: 53), logrando con ello someter a los titanes y confinarlos al Erebo en las entrañas de la Tierra, decidiendo así la victoria en favor de Zeus, el padre de los dioses del panteón griego y de sus hermanos.

En otro divertido episodio, Don Quijote enfrenta a un barbero que, cabalgando sobre un asno, protege su sombrero nuevo de la lluvia con un cuenco o palangana de latón. El *Ingenioso Hidalgo*, en su delirio, ve en el barbero a un pagano, en el asno a un caballo pardo con oscuras manchas y en la palangana al famoso yelmo de Mambrino confeccionado en oro puro. Asustado por lo que cree es un fantasma, el barbero se arroja al suelo huyendo despavorido y abandonando asno y palangana. El Quijote ordena a Sancho que recoja el cuenco y, al tratar de ajustarlo en su cabeza, como si fuese un yelmo, lo encuentra muy grande e incompleto, diciendo a su escudero que «el pagano a cuya medida se forjó primero esta famosa celada debía de tener grandísima cabeza»; por lo que

Sancho, conteniendo una risa indiscreta, argumentó al Quijote sobre la causa de la misma que se debía al hecho de considerar la gran cabeza que tenía el pagano dueño de ese yelmo (que en realidad semejaba una bacía de barbero). A tales argumentos el Quijote responde con una alusión mitológica:

... “que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte, que no le haga ventaja, ni aún le llegue, la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas”... (Cervantes, op. cit.: 144)

Alusión ésta que refiere a Hefesto, conocido por los latinos como Vulcano, el famoso dios del fuego y de la forja de metales, que elaboró el escudo de Heracles y las armas de Aquiles después de la muerte de su amigo Patroclo, según cuenta Homero en la *Iliada*. Hefesto, nacido de Hera por partenogénesis, era cojo, feo y deforme, pero se casó con Afrodita, la más hermosa de las diosas inmortales y con gran habilidad fabricó, entre otras cosas, el cinturón dorado de su esposa que la hacía aún más irresistible, la red invisible con la que aprisionó a su cónyuge y a Ares en pleno adulterio, el collar de Hermione, la corona de Ariadna, las armas de Eneas, las joyas de Eurínome, etc. Este dios representa el fuego secreto de los filósofos herméticos, que pudiera compararse con el *Agni* de la India, y junto con Ares, o Marte para los romanos, célebre dios de las batallas, ejerce su influencia en el ámbito de las órdenes de caballería en las que se ordena nuestro *Caballero de la Triste Figura*, así como también en la tradición alquimista con su transmutación del plomo en oro y en otras sociedades secretas.

Entre las múltiples alusiones o referencias mitológicas grecorromanas que se pueden extraer del Quijote, podemos destacar la siguiente:

... “me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas iba, muy a su placer, caballero sobre un muy hermoso asno”. (Id.: 102)

Esta referencia mitológica resulta una jocosa ironía, tomando en cuenta el contexto en el cual se produce: el Quijote se ha enfrentado a unos cuidadores de yeguas que han apaleado a Rocinante cuando éste intentaba aparearse con sus hembras. Del embate, caballo, caballero y escudero resultaron tan maltrechos que tuvo Sancho que montar al Quijote, a duras penas, sobre el lomo de su jumento. Si bien el episodio mítico hace alusión a un momento festivo en que

Sileno, el viejo sátiro, gordo, barrigón, calvo, de orejas tiasas y puntiagudas, siempre embriagado de vino, cabalga feliz a lomos del asno, por el contrario, nuestro Quijote ha sufrido una triste y dolorosa derrota frente a unos toscos yagüenses. Sileno, en el mito grecorromano, es el mentor y padre nutricio de Dionisos-Baco, dios del carnaval, del teatro y del vino, del linaje de Zeus, quien otorgaba la locura a quienes oponían resistencia a la celebración de sus ritos orgiásticos. Dionisos preside, junto a Zeus, Deméter, Hades, Hermes y Perséfone, una de las más importantes religiones místicas del mundo antiguo: los Misterios de Eleusis.

Por todo lo visto hasta ahora, podemos concluir que esta novela de Cervantes es una narración simbólica, donde se entretajan los mitos de las más diversas tradiciones clásicas de Europa, velados por un discurso paródico y lleno de gracia, ordenado desde una visión irónica del mundo en la que la risa, lo jocoso y las situaciones absurdas y paradójicas van instruyendo al lector acerca de una sabiduría ancestral que la humanidad del pasado preservó en sus fábulas sagradas.

Referencias

- Cervantes, Miguel de (1999), *Don Quijote de la Mancha*, Bogotá: Círculo de Lectores S.A.
- _____ (2004), *Don Quijote de la Mancha*, Edición del IV centenario, Sao Pablo: Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española.
- Chevalier J. y Gheerbrant, A. (1995), *Diccionario de los Símbolos*, Barcelona: Herder.
- Droz, Geneviève (1993), *Los Mitos Platónicos*, Barcelona: Editorial Labor.
- Eliade, Mircea (2001), *El Mito del Eterno Retorno*, Buenos Aires: Emecé Editores S. A.
- González R., Sergio (1999), "Domicilio y viaje. Visitas a la alteridad", en *Cinta de Moebio* N° 6, Santiago: Universidad de Chile, disponible en http://rehue.csociales.uchile.cl/publicaciones/moebio/06/frames_08.htm [Consulta: 27/09/2005].
- Graves, Robert (1985), *Los Mitos Griegos*, Madrid: Alianza Editorial S.A.
- Grimal, Pierre (1994), *Diccionario de Mitología Griega y Romana*, Barcelona: Paidós.

Hesíodo (1968), *Teogonía, Los trabajos y los días, El escudo*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina S.A.

Horacio, Virgilio y Ovidio (1962), *Poetas Latinos*, Madrid: E. D. A. F.

Johnson, Carroll (1995), *La construcción del personaje en Cervantes*, Los Ángeles: University of California, disponible en

<http://www.h-net.org/~cervantes/csa/artics95/johnson.htm> [Consulta: 27/09/2005].

Platón (1992), *Diálogos*, Madrid: Biblioteca Clásica Gredos.

Teillier, Jorge (1978), *Para un pueblo fantasma*, Santiago: Edcs. Universitarias de Valparaíso.

Vargas Llosa, Mario (2004), “Una novela para el siglo XXI”, en *Don Quijote de la Mancha*, Edición del IV centenario. Sao Pablo: Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española.

San Cristóbal, mayo de 2007.